

## **EL PROYECTO ILUSTRADO Y LA INFLUENCIA INGLESA EN EL DESARROLLO INDUSTRIAL DE SARGADELOS**

Purificación Martul Vázquez

CENTRO DE ARTESANÍA Y DISEÑO DE GALICIA

purificación@centrad.org

Jesús Varela Zapata

UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA, ESPANHA

zapata@usc.e

### **RESUMO**

Sargadelos é um dos melhores exemplos da influência da Ilustração na Galiza, que estava, naquele tempo, ainda sob a influência feudal, sofrendo uma grande deterioração. Ibáñez foi inspirado pelo movimento europeu de renovação cultural e econômica, e fundou uma fábrica metalúrgica no norte de Lugo transformada, mais tarde, numa fábrica de cerâmica que imitasse a produção inglesa, especialmente de “tipo Bristol”.

### **ABSTRACT**

Sargadelos is one of the best examples of the influence of the Enlightenment on Galicia, that at that time was still under the feudal influence that had taken it to a great decay. Ibáñez was inspired by the prevailing European movement of cultural and economic renovation, and he set up a smelting factory in the north of Lugo later turned into a ceramics factory that imitated English production, especially the so-called “Bristol type”.

La Ilustración francesa se extendió por toda Europa durante el siglo XVIII, pero Galicia estaba distanciada de los movimientos sociales de la época ya que resultaba una tierra alejada del centralismo madrileño; este hecho es constatado por Gómez de la Serna en *Viaje a Sargadelos*, cuando se refiere a Galicia como región olvidada hasta por Ponz, que no la incluye en su *Viaje a España*, ya que sus comunicaciones eran lentas y malas; el Mapa de Matías Escrivano, de 1757, muestra que el camino carretero de Galicia dejaba Lugo a un lado. Desde Ribadeo había que bajar en caballería a Lugo y seguir desde allí a Portomarín, para tomar el camino de postas que seguía la vieja ruta de Santiago. Fue bajo Floridablanca, de 1780 a 1789, cuando se dio un im-

pulso definitivo al camino de ruedas de Galicia; y sin embargo en 1802 aún faltaban por construir casi doscientos kilómetros entre Madrid y A Coruña.

Carlos III incorporó a su gobierno a diversos políticos unidos a las ideas de la Ilustración. El monarca realizó una profunda reorganización de la nación, reformó su agricultura e introdujo las últimas novedades en cuanto a concepción urbana de su Nápoles natal. Sin embargo, se puede decir que en España no hay una verdadera revolución industrial, ya que empieza muy tarde y no hay capital ni una auténtica burguesía. El país continuó con sus ideas tradicionalistas. No hay espíritu de trabajo y se vive en el pueblo con las labores agrícolas de subsistencia. Las únicas actividades industriales fueron el procesamiento del algodón y del hierro. Su capital y la tecnología provienen de fuera, sobre todo de Inglaterra.

Por otra parte, Galicia sufre no sólo por su aislamiento físico, sino también por la negativa influencia de los nobles gallegos y del clero, ya que la mano de obra estaba al servicio de estos estamentos y el pueblo dormía entre la pobreza y la ignorancia. Fernández Fraga en Lugo, siglo XVIII, Educación e Ilustración, nos indica que todavía en este período “predominan las estructuras de relación y producción medievales. El sistema de tenencia de tierras basado en los foros, en el absentismo de los grandes señores, en la propiedad vinculada al mayorazgo, en la emigración, en las hambres periódicas (que se repiten hasta finales de siglo), en la proliferación y en el poder de los señoríos eclesiásticos y civiles define la situación gallega” (Fernández Fraga, 1992, p. 149). De hecho, en la España del siglo XVIII podemos encontrar todavía testimonios del feudalismo medieval, como ciertos residuos forales y los señoríos; la Iglesia retiene mucho poder en plena madurez del Estado Absoluto. En Galicia son muy pocos los que sienten las inquietudes de la Ilustración; uno de los principales fue Antonio Raimundo Ibáñez, quien creó la primera siderurgia integral de España en Sargadelos (Cervo, Lugo), un importante complejo industrial, al que después seguiría una fábrica de loza, que entre otras innovaciones, introduciría el decorado mecánico estampado. Gómez de la Serna en Los viajeros de la Ilustración escribe que “Sargadelos llega a ser uno de los núcleos periféricos más activos de la Ilustración en España, uno de esos focos provincianos, como el de Jovellanos en Gijón o el de Peñaflorida en Guipúzcoa, que concordaron eficazmente por todo el país la fuerza centrífuga que emanaba del grupo dirigente de la Corte” (1974, p. 150).

Ibáñez era un hombre con una formación foránea, que había adquirido a través de sus conocimientos sobre la Ilustración y la economía de los países que en ese momento vivían una transformación industrial, con los que mantenía relación comercial. Empresario hábil desde muy joven, pensó que Galicia tenía recursos naturales abundantes, como madera o caolín. Sus ideas principales sobre el desarrollo de Galicia eran la existencia de materia prima, por lo que sería bueno realizar en esta tierra los productos, abaratándose así su coste y obteniendo mayores beneficios. La aparición de una industria daría más puestos de trabajo.

Entre sus objetivos, el más importante fue la creación de la primera siderurgia integral española y de una fábrica de loza. Ibáñez perteneció a la última de las generaciones de la Ilustración, pero sobre todo era el prototipo de hombre de empresa experimentador y creador. Toda su juventud corre paralela al ascenso de la Ilustración. Dice Bello Piñeiro en *Cerámica de Sargadelos* que Ibáñez "Fue una de las más interesantes figuras que actuaron en Galicia a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX" (1972, p. 18). También González López, dice en su libro *Bajo las Luces de la Ilustración* que los ilustrados gallegos del último tercio del siglo XVIII y principios del XIX están bien informados de cuanto se escribía en Europa, especialmente en Francia e Inglaterra, sobre problemas económicos, e incluso alguno de ellos trajo al castellano las obras más importantes de estas materias. Estos economistas gallegos recogen en sus ideas, proyectadas sobre la realidad viva de Galicia, las dos grandes corrientes doctrinarias que se movían en Europa: el fisiocratismo francés y liberalismo económico inglés (González, 1977, p. 357).

En el caso de Ibáñez hay que decir que no solamente tenía conocimientos sobre el tema económico, sino que se trataba de un hombre que llevó a la práctica sus planes, lo más importante de su obra son sus empresas. González López, en *Bajo las Luces de la Ilustración*, asegura que "una de las pocas industrias tradicionales de Galicia eran las viejas herrerías, que venían funcionando desde muy antiguo en las dos provincias gallegas del interior, Lugo y Orense", y dice también, que "fue en la época de la Ilustración, en el último tercio del siglo XVIII y primera década del XIX, cuando se produjo en Galicia el avance más importante en la metalurgia por la organización del complejo industrial de Sargadelos, en el Norte de la entonces provincia de Mondoñedo, no muy lejos de Ribadeo, por un asturiano residente en Galicia, Antonio Raimundo Ibáñez, que es la principal figura, en sus virtudes y defectos, del nuevo capitalismo industrial que surgió en Galicia en este tiempo" (González, 1977, p. 424).

Ibáñez fue uno de los pocos industriales de la época que intentaba abaratar los productos utilizando las materias primas del lugar. Él ya había planificado Sargadelos antes de cumplir cuarenta años. No sería fácil concebir la idea. En mayo de 1788 solicitó la Real Licencia para una fábrica de ollas o potes de hierro y así instalar dos herrerías con su martinete. Pero ante ello se levantaron las fuerzas más poderosas del lugar, así como también los más humildes, que se beneficiaban con las cortas comunales de los montes, que serían aprovechados para surtir de carbón vegetal a la fábrica. Asimismo iban a oponerse los sectores que mantenían intactos sus privilegios medievales: el Comisario de Marina de Viveiro, el Obispo de Mondoñedo o el Síndico de Alfoz del Valle de Oro. Madrid manifestó su desacuerdo debido a los intereses creados de las fábricas de Trubia y Orbaiceta, con lo cual el Rey denegó el permiso solicitado. Pero Ibáñez siguió intentándolo. Fue a Madrid, donde tenía contactos, no tanto con Godoy, como siempre se dijo, sino con Jovellanos y Campomanes; y así en 1791 consiguió la Real Cédula para erigir la fundición en Sargadelos. Nueve días después de morir Carlos III, su hijo Carlos IV fue quien le concedió la licencia.

Después de grandes dificultades para conseguir que el proyecto saliese adelante, la fábrica de hierro fue creada por Real Carta del 5 de enero de 1791, estableciéndose tanto sus herrerías como la fábrica de ollas. Ibáñez había nacido en un lugar (Ferrela) en el que por su nombre se supone que existía una herrería, y conocía la existencia de menas férricas entre Ribadeo y Sargadelos, ámbito éste último que acoge las zonas de Guimarán, Rinlo, San Miguel de Reinante, San Cosme de Barreiros, San Pedro de Benquerencia y San Martín de Mondoñedo. En el lugar de Sargadelos tenía montes suficientes, que utilizó y repobló.

Expresa Bello Piñeiro en *Cerámica de Sargadelos* que Ibáñez empezó a fundar en Santiago de Sargadelos una herrería con sus martinetes, tal vez por el estilo de las que trabajaban en su tierra natal de Santa Eulalia de Oscos. Esta primera herrería fue destruida por un incendio, "que en forma de asonada prendieron manos alevés", según nos asegura Madoz (Bello, 1979, p. 20). Se levantó entonces un alto horno y muy pronto otro de reverbero para fundir cañones, bombas y granadas; posteriormente se alzaron otros dos de calcinación para el mineral de hierro, con lo cual consiguió una planta industrial que puso bajo la dirección de un ingeniero alemán, Francisco Richter. Compró árboles y completó el recinto fabril con carboneras, fuentes, casas para operarios, mesón y capilla, presa, canales y molinos, lo cual hizo que se convirtiera en un pueblo. Incluso trajo obreros especializados de Cataluña y Vizcaya.

Como Ibáñez no quiso vender la fábrica al Estado, lo que hizo fue arrendar sus productos en contratos sexenales para la Maestranza, amparando su industria bajo el título de Real Fábrica, acogida al Fuero de Guerra, con lo que consiguió privilegios para sus obreros. También alargó la protección real al monopolio de todas las minas terrosas y de piedra refractaria que se descubrieran a más de una legua a la redonda y al aprovechamiento de hierro hacia la parte de Foz y Viveiro. Veinte años duró la contrata, y las ventajas para la nación se cifraron en dieciséis millones de reales, porque, como dice Sánchez Cantón en su obra de 1945 titulada *La Loza de Sargadelos*, mientras en Trubia y Orbaiceta costaba ciento siete reales el quintal, Sargadelos lo entregaba a sesenta y siete reales.

Perdidas las siderurgias de Gerona y Navarra por la guerra con Francia (1793-1795), el ejército quiere asegurar el abastecimiento de municiones: balas, metralla y granadas, llegando a un acuerdo con Ibáñez. La siderurgia de Sargadelos reorienta el horizonte productivo, centrandolo su fabricación en los pedidos del ejército. De nuevo el título ilustra suficientemente la nueva situación. La también denominada Fábrica de hierro colado y hierro dúctil, pasa a denominarse Real Fábrica de Municiones, pasando a engrosar el número de las industrias militares orientadas a la fabricación de armamento (Franco, 1994, p. 47).

El título de Real es meramente honorífico, de hecho desde su concesión por Carlos IV, no se usó hasta los tiempos de Isabel II, quizá con ocasión de un obsequio que se hizo

a la monarca. Pero hay que tener en cuenta que, como dice Suárez Menéndez en *Las Reales fábricas de Sargadelos y la Armada*, Sargadelos es un ejemplo de esa política industrial del Despotismo Ilustrado. De carácter privado, el rey otorgó a la fundición la denominación honorífica; gozaba de fuero militar, sus operarios distinguidos evitaban servir como soldados, y dada la importancia de esta industria de municiones el tercer batallón del Regimiento de Infantería de África fue destinado a custodiar la fábrica de Sargadelos en previsión de posibles ataques por mar. (Franco, 1994, p. 25).

Evidentemente Ibáñez alcanzaba prerrogativas con la nueva fabricación. Hay que decir que Sargadelos tuvo mayoritariamente un carácter militar desde 1794 hasta que la fábrica pasa a manos de la empresa de Luis de la Riva en 1840. Joan Carmona estudia en su libro titulado *A etapa de Luis de la Riva e o apoxeo da produción civil de Sargadelos*, los dos períodos, civil y militar. En cuanto a la producción civil, hay que destacar especialmente la fabricación de potes. Franco García afirma en *Sargadelos y el pote gallego* que éste es un recipiente de hierro colado con un cuerpo o panza de forma más o menos esférica, con una boca cilíndrica en su parte superior. Como en todo lo que hace Ibáñez, su espíritu empresarial se basa en el abaratamiento del producto al realizarlo en el propio país. Antonio Raimundo Ibáñez, en su escrito solicitando permiso para la instalación de su industria, habla de “una fábrica de ollas de hierro llamadas vulgarmente potes a imitación de las que se traen de Burdeos” (Franco, 1994, p. 7). Y continúa diciendo el mismo autor: “pese a no ser utensilios autóctonos, su uso de popularizó tanto en Galicia y se adaptó de tal manera a las necesidades y modos de vida, que acabaron llamándose potes gallegos” (Franco, 1994, p. 7).

Sargadelos era una siderurgia no integral, ya que no disponía de instalaciones para convertir el colado de hierro dulce en acero, siendo alimentados sus hornos con carbón vegetal, ya que se disponía muy cerca de madera para su alimentación. En Sargadelos se puede hablar de avance tecnológico debido a la contratación de personal especializado de Escocia, país pionero en el uso de técnicas como la inyección en caliente, lo cual favorecía las condiciones de las horneadas y por tanto el trabajo en términos generales. También se producían pesas, morteros, barandillas de balcones, camas, etc. Entre las piezas artísticas importantes se encuentran los leones de la fuente de la Plaza de Avilés de Lugo, recientemente restaurados, y los balcones del actual Colegio de los Franciscanos de la misma ciudad.

Ibáñez, después de su experiencia en la fundición, se interesó por la loza, imbuido por las ideas de abaratar un producto que se importaba, a pesar de que en el país había suficientes materias primas para su fabricación. En 1804, se añadiría la fábrica de loza, con sus hornos, talleres, secaderos, etc. Otro de sus proyectos fue la fabricación de vidrio, aunque Filgueira Valverde en *Sargadelos* nos manifiesta que aunque se ha hablado algunas veces de “vidrios de Sargadelos”, esta fabricación no pasó de ser uno de tantos proyectos de Ibáñez (1997, p. 15).

En cuanto a la loza, podemos decir que la fabricación española del siglo XIX nada tenía que ver con lo que se estaba haciendo en ese momento en Inglaterra, Alemania, Francia e incluso Portugal. En Inglaterra, las factorías de Bristol y las de Worcester, Liverpool y Bow, modelaban porcelana blanda; la dura comenzó a producirse desde 1768, cuando W. Cookworthy descubrió en Plymouth el caolín, procedente de Cornwall.

M<sup>a</sup> Jesús Sánchez Beltrán, en *La Porcelana del Buen Retiro de Madrid en el Museo Arqueológico Nacional* manifiesta que de entre las manufacturas más importantes inglesas que produjeron porcelana en los siglos XVIII y XIX, están Chelsea, Bow, Lowestoft, Derby, Longton Hall, primera fábrica de Bristol, Caughley, Coalport, Liverpool (varias fábricas), Nantgarw, Swansea, Plymouth, segunda fábrica de Bristol, Rockingham y Wedgwood (1987, p. 48).

La vajilla de uso corriente en España era la de los alfares toledanos, talavereños, extremeños, hispalenses, granadinos, valencianos o aragoneses. Estaban muy adornadas y no tenían nada que ver con las que entraban en el puerto de Coruña procedentes de Inglaterra. En España, las fábricas se establecieron lejos de la corte, en lugares elegidos racionalmente donde tuvieran cerca los materiales indispensables para la fabricación, siguiendo el ejemplo inglés de Staffordshire, región rica en diferentes tipos de tierras. Sánchez Cantón cree que Ibáñez leería las páginas de *Memorias políticas y económicas* de D. Eugenio Larruga, impreso en Madrid en el año 1799 en donde se dice que las fábricas que existen en Galicia son ciento setenta y siete, todas de barro ordinario y vidriado, y aunque con un gran número de hornos, apenas si salía mucha mercancía. Ibáñez auguraba todo tipo de éxitos cuando pensó en fundar una fábrica de loza a imitación de la de Bristol. Esta fábrica, llamada "Bristol Pottery", producía artículos parecidos a las mejores fábricas de Staffordshire. Probablemente, Ibáñez conocía mejor Bristol por ser una ciudad eminentemente textil y sabemos que éste fue uno de sus primeros negocios.

En 1804 Ibáñez funda en Sargadelos una Fábrica de Loza a imitación de la de Bristol (tenemos que hacer una diferenciación entre porcelana y loza, ya que en el Sargadelos de esta época lo que se realizó fue loza, pues los intentos de hacer porcelana no fructificaron; la cerámica abarca ambos conceptos). En aquella época las imitaciones tienen muchos partidarios. Si para las ollas se imita a Burdeos, en cerámica el modelo sería Bristol, nombre por el que se conocía en España a toda la loza inglesa, y se denomina como Cottage Bristol a un Staffordshire tardío e inferior. En su apogeo, la fábrica de loza de Sargadelos alcanzó una producción anual de 104 hornadas de loza y doscientos mil ladrillos refractarios. El *Diccionario Geográfico de Madoz* de 1804 nos confirma que movían la producción de Sargadelos unos doscientos carros con trescientas parejas de bueyes, que utilizaban la carretera que enlazaba el complejo

industrial con el puerto de San Ciprián, desde donde embarcaciones de cabotaje transportaban la mercancía.

Lo que es indiscutible es que Ibáñez tomó como ejemplo la Inglaterra industrial tanto para seguir el modelo de empresa como para copiar sus productos. Es este un ejemplo más de relación comercial entre Galicia e Inglaterra que ya se documenta en zonas como Baiona, cuyos navíos gozaron durante la Edad Media de libertad para desarrollar rutas marítimas mercantiles que llegaban a Flandes, Irlanda e Inglaterra. Posteriormente, las Actas Municipales de Baiona, correspondientes al S. XVI continúan haciendo referencia a tales relaciones (García Oro et al., pp. 95, 183, 203). El comercio se mantiene en el siglo siguiente gracias a la labor de Diego Sarmiento, Conde de Gondomar, embajador de España ante la corte inglesa y que tiene una gran influencia en el desarrollo de intercambios económicos entre ambos países.<sup>1</sup>

Ibáñez no consiguió el secreto de la porcelana y fabricó loza fina, que en aquellos momentos resultaba muy interesante para surtir a las clases más altas de la sociedad gallega, sin tener que recurrir a la importación de los productos. Sánchez Cantón opina que una vez retrasada o decadente la fabricación de loza en España, y difundido el gusto por las vajillas forasteras (finas, ligeras, regulares, resistentes, prácticas...) frente a la rústica alfarería local, interrumpido el tráfico con Inglaterra que las suministraba, sin duda se ofrecía pingüe el negocio a quien sustituyese la importación por productos nacionales. Al aducir el modelo extranjero, Ibáñez dirá loza a imitación de la de Bristol, aludiendo no a los alfares del XVII, sino a la Bristol Pottery, abierta en Temple Backs por Josef Ring poco después de 1777, de productos semejantes a los de Staffordshire; buscando la razón de esta preferencia sólo podría hallarse en que procedían de allí fuertes envíos a Galicia y se popularizasen, llamando Bristol por antonomasia a la loza inglesa.

En cuanto a las técnicas empleadas, se puede afirmar que a comienzos del siglo XIX en Sargadelos se experimente en España una nueva forma de hacer cerámica, en la que se abandona la pieza hecha a mano, a favor de un proceso mecánico, en todas las fases. La pintura a mano se sustituye por la estampación y desaparece el torneado de piezas, que en adelante se realizarán a molde. Los factores que llevaron a este cambio fueron el deseo de abaratar los precios, haciendo el mayor número de ejemplares en el menor tiempo posible. Este proceso fue traído de Inglaterra, donde se venía realizando la estampación, incluso antes de que apareciese la Revolución In-

.....  
<sup>1</sup> Sobre esta figura histórica puede consultarse la obra de Wallace *Sir Walter Raleigh* (Princeton, New Jersey: Princeton U.P., 1959), así como el volumen de Luis Tobío, *Gondomar y su triunfo sobre Raleigh* (Santiago: Bibliófilos Gallegos, 1974). A pesar de lo expuesto anteriormente, es un hecho indiscutible que las relaciones entre Inglaterra y Galicia nunca alcanzaron la intensidad que tuvieron con la vecina Portugal, que se separó del trono español en 1640, gracias precisamente a la ayuda inglesa.

dustrial, desde mediados del siglo XVIII. Hay que decir que la pasta que podía resistir este mecanismo era la loza fina, llamada creamware en su país de origen.

La loza fina es un producto intermedio entre la loza y la porcelana, que sería la pasta protagonista en el siglo XVIII. Se obtiene por primera vez en Inglaterra; es un material duro y ligero a la vez, con paredes delgadas, que cuece a 1100° o 1200°. Tras su paso por el horno este material es blanco y no necesita el esmalte, sino que simplemente aparece con un barniz de plomo. Su diferencia principal con la loza es que, en lugar de añadir arena a la pasta, se le añade sílice, feldespato, caolín y calcio, en cantidades variables, dando lugar a diferentes clases de loza fina. Sobre esta pasta, fina, resistente y brillante, se aplica el procedimiento del estampado, invento de John Sadler en 1761 en la fábrica "Sandler & Green" de Liverpool.

La estampación consiste en grabar una plancha en cobre o estaño para después entintarla con un color mezclado con una grasa e imprimirla sobre un papel muy fino (a este respecto eran muy reputados los de arroz). Este papel se adhiere, como una calcomanía, al cuerpo de la pieza, ya bizcochada, quedando el dibujo incorporado. Se retira el papel con un baño de agua, se mete la pieza en un horno especial, para que se retire la grasa, y se le recubre del barniz transparente antes de pasarla, de nuevo, por un horno de cocción. Naturalmente, este procedimiento era más rápido que el realizado totalmente a mano, y con él se podían hacer series muy largas. Para ello, los hornos también sufrieron modificaciones, ya que necesitaban chimeneas cónicas y no solo se alimentan de leña, sino que añadieron el carbón como combustible.

Una variante más complicada de la loza estampada es la iluminada, con la que se quiso corregir la monocromía del estampado. El procedimiento consistía en, una vez realizada la estampación, completar los dibujos, a pincel, con diferentes colores. Aunque no se excluyeran otros diseños, fueron los florales los más utilizados en esta loza, que resultaba más cara que la estampada, debido a la intervención de los que se llamaban pincelistas. Aunque estos procedimientos mecánicos fueron los más utilizados a lo largo del siglo, también se siguieron haciendo piezas pintadas a mano que los catálogos llaman "loza pintada". A pesar de la revolución del estampado y del modelado, no hubo un gran cambio en la forma de las piezas, que siguieron desarrollando las del pasado, pero con más variantes.

Por motivos internos la fábrica tuvo que cerrar en varias ocasiones y, por tanto, podemos hablar de varias etapas en su producción. Podemos definir una primera época, en la que la empresa todavía estaba en manos de Ibáñez, siendo directores el portugués Correa de Saa, formado en la fábrica de Santo Antonio do Vale da Piedade, en Vilanova de Gaia; más tarde cuando dejó la empresa para crear una propia, a pesar de que murió sin lograrlo, le sucede sin éxito el riojano Hilario Marcos. Fernández España en Real Fábrica de Sargadelos dice que Correa de Saa fue quien verdaderamente comenzó a dar impulso y poner en producción esta primera época y sin llegar al



rigorismo del alquimista Bottger en Sajonia, guardaba en secreto los procedimientos que empleaba y no permitía a nadie que estuviese al corriente de sus manipulaciones (1978, p. 52). Debido al gran uso de la loza se encuentran pocas piezas de esta época, porque probablemente al carecer de adornos, no se conservaron con gran esmero. También de esta época se conservan placas de loza con relieves, a manera de medallones, blancos y de brillante esmalte.

Como ya hemos señalado, la relación con Inglaterra está relacionada con la fabricación de una loza denominada creamware, de color blanco cremoso, descubierto en Staffordshire y que incluso fue perfeccionado por Wedgwood. También la variedad de loza pearl-ware, mucho más blanca, y que desplazó a la anterior fue introducida a través de Inglaterra. Conociendo los negocios de Ibáñez, muy volcado en las telas, y sabiendo que la ciudad de Bristol, costera y por tanto muy ligada al comercio marítimo, como ocurre con Ribadeo, y a la vez históricamente ligada al comercio de lana y a la industria de paños, es lógico afirmar que Ibáñez ya tenía relación comercial con esta ciudad y probablemente fue cuando descubrió la Bristol Pottery. Pronto conocería el condado de Staffordshire donde gracias a la abundancia y variedad de yacimientos de arcilla fabricaron loza fina y cerámicas finas o vidriadas a la sal. Son conocidos a todos los niveles los ceramistas de esta zona, tales como los hermanos Elers y John Astbury en Shelton, Thomas Whieldon en Fenton y por supuesto un nombre clave en la cerámica: Josiah Wedgwood, que creó la manufactura de Etruria cerca de Burslem.

La segunda época abarca desde 1835 hasta 1842, cuando la empresa se convierte en una sociedad formada por Ibáñez y Tapia. Como director trabajará un francés llamado Richard, traído de Turín, y tendrá a sus órdenes obreros levantinos, franceses y andaluces. Comenzará a ensayarse la estampación, ya no se intentará la fabricación de porcelana y se producirá loza fina en blanco. Las formas más habituales son las piezas de vajilla y también placas. Pero de esta época se consideran como muy originales las lámparas en forma de castillo de loza fina. Cuando José Ibáñez se murió, quedó al cargo de la fábrica su viuda, Anita Varela. Esta etapa dura hasta 1842.

La tercera época es la más interesante, la de mayor producción, y en la que se elaboraron las piezas más conocidas. Antes de llegar al acuerdo liquidador de la Sociedad, la familia Ibáñez gestionaba el arriendo de las fábricas. Se frustró el contrato concertado con el escocés Richard Pickman. Tampoco lo consiguieron dos sociedades de Ribadeo y de Lugo que presentaron proposiciones. Por fin, la empresa es arrendada en 1845 a Luis de la Riva y Compañía y dirigirá la fábrica Forester, un inglés que llegó en 1847, procedente de Staffordshire, que marcará la época de mayor esplendor de la fábrica; junto a él llegaron otros compatriotas como Gratton y Bennion, todos ellos hicieron innovaciones en la Empresa y en las piezas. Se hacen figuras decorativas y utilitarias, como las benditeras, decoradas en loza pintada. Con Forester se fabricó china opaca, loza mucho más fina que se fabricó por primera vez en Staffordshire conocida entre otras denominaciones como stone china o ironstones. También con

Forester y sus trabajadores ingleses, se introduce en España a través de Sargadelos, la técnica de estampado o decorado mecánico, inventada en Liverpool en 1756 por Sandler et Green, y que rápidamente utilizó Wedgwood. En tiempos de la Empresa de Luis de la Riba la fábrica llegó a contar con más de sesenta oficinas.

Entre las figuras características de la época, introducidos por Forester, encontramos pájaros, perros, y otras formas, resaltando los Mambrús tan característicos de Wedgwood. Sánchez Cantón en 1945, en palabras de la época, define a esta figura como "hombre metido en carnes y con paletot y gran sombrero de candil, sentado casi siempre y con un vaso en la mano". En realidad son los Toby Jug ingleses, figuras de gran colorido que representan a famosos personajes de la época.

Concretamente los Mambrús son la representación del Duque de Marlborough (o bien de alguno de sus descendientes), deformación del apellido inglés de difícil pronunciación.<sup>2</sup> Los Mambrús son una creación de Ralph Wood, de Staffordshire, quien los copió de los jarros de cerveza franceses. Un amigo de Ralph Wood, francés y ceramista también, le llevó en uno de sus viajes a Inglaterra un ejemplar de ellos; después Wood empezó su fabricación, y llegó con ellos a alcanzar tanta fama que le concedió renombre a su apellido. Podríamos decir entonces que nuestros Mambrús son copias de moldes ingleses que a su vez provenían de otros franceses. En España pierden esbeltez y elegancia, aunque quizá ganen en variedad. Las actitudes son diferentes, pues los Tobies procedentes de los Wood tienen entre las manos un jarrón, mientras que los españoles tienen las manos sobre las rodillas. Ambos representan a un hombre sentado, vestido a la manera de la época, con levita y sombrero negro parecido a un tricornio.

En Sargadelos el Mambrú tradicional vestía chaleco amarillo, calzas blancas, pantalón, zapatos y tricornio negro, además de levita azul ultramar. Sentado en un sillón, en la parte posterior lleva un asa. Su tamaño habitual es de 0,20 x 0'30 m. Suelen ser jarras de cerveza, aunque el tradicional juego inglés de jarra y jarros se perdió al llegar a España. El sombrero suele ser la tapa. Lo que no puede entrañar dudas es su lugar de origen. Forester procedía de Staffordshire, y los Wood montaron allí su fábrica. Por tanto estaba familiarizado con el sistema de trabajo de esta familia de ceramistas. Se dice que el primer Toby Jug realizado por Ralph Wood fue Toby Philpot. La fábrica de los Wood cerró en 1846, un año después de que comenzase la próspera tercera época de Sargadelos.

.....  
<sup>2</sup> Hay que decir que es el título de una canción popular compuesta por los franceses durante la Guerra de la Independencia, suponiendo que la muerte de su archienemigo John Churchill, duque de Marlborough, militar inglés que había participado también en la Guerra de Sucesión española. Dicha canción fue cantada por los soldados y patriotas franceses, pero el tema pasó muy pronto al olvido, hasta que la nodriza del delfín francés contratada por María Antonieta, esposa de Luis XVI, comenzó a arrullar al niño con esa canción, lo que causó mucha gracia a los reyes, por lo que muy pronto todos la entonarían en el Palacio de Versalles. Por influencia de los Borbones, en España volvió a difundirse la canción y recobró su popularidad, identificándose como una de las canciones infantiles más populares de la época.

Hay Tobies con forma de mujer, también procedente de los Wood; en España estas jarras reciben el nombre de Caramañolas. Representan una mujer vieja y borracha, de tipo caricaturesco. Los tonos usados para decorarla son verdes en la saya, canela en el cuerpo, blanco en el delantal y negros los zapatos. Curiosamente Caramañolas significa soldado de la I República francesa.

Sobre la decadencia de Sargadelos, Fernández España expone en su obra *Real Fábrica de Sargadelos* que “Los problemas económicos, siempre base y principal motivo de las diferencias y disputas, determinaron el cierre definitivo de la Real Fábrica de Sargadelos en 1875” (1978, p. 61). Todo se malvendió: moldes, grabados en cobre, máquinas, etc. Los operarios volvieron a dispersarse y la ruina y la desolación se abatieron, no sólo sobre la fábrica sino sobre todas las propiedades de los Ibáñez, de modo que en un tiempo increíblemente corto los destrozos cambiaron la fisonomía de un pueblo que con breves intervalos gozó de prosperidad durante 15 lustros. Mientras sus canteras siguen surtiendo de material a otros centros, Galicia se lamenta inútilmente de la pérdida de su fábrica.<sup>3</sup>

Sin embargo, en pleno siglo XX, Isaac Díaz Pardo y Luis Seoane, con un grupo de intelectuales gallegos, quisieron desde Buenos Aires reconstruir la memoria histórica de Galicia. Después de una guerra civil, seguida de la dictadura franquista, tenían que sacar de las llamas del olvido muchos episodios de este país que quisieron ser quemados. Había que volver al arte del Movimiento Renovador, al Seminario de Estudios Galegos, y dentro del mundo de la empresa, se acordaron de aquel gran proyecto industrial de Sargadelos. Ibáñez había dado la vida por su época; ahora otro Sargadelos recogerá el testigo con un mismo fin, esto es, la realización de producción completa en Galicia, pero en este caso bajo el ideario de la sociedad post-industrial. Castro Arines expresó sus sentimientos hacia esta empresa en una conferencia que impartió en Sargadelos, recogida en *Cerámica, fuego, magia*: “Sargadelos es para mí un nombre y una leyenda; una institución industrial y cultural y una entidad histórico-artística de resonancias sentimentales únicas” (1974, p. 7).

Para concluir, hay que señalar que en la actualidad esta empresa es emblemática dentro de la provincia de Lugo y de Galicia. Al verla, reconocemos nuestras raíces, y al escuchar el silencio de su trabajo percibimos las manos obreras de nuestro país. Sargadelos siempre fabricó cerámica, hoy en día porcelana, con unos diseños inspirados en lo más profundo del alma y el arte gallegos.

.....  
<sup>3</sup> También sabemos que se utilizó el nombre de Sargadelos para una fábrica de Cerámica, que duró desde 1901 a 1908. Relata Teresa Pena en *Cerámica de Sargadelos. 1901-1908* que la intención de los socios de esta empresa era reutilizar las antiguas fábricas y producir en ellas toda clase de materiales cerámicos, incluyendo el Sargadelos histórico. Sin embargo, esta fábrica se instaló en Burela, y es conocida sobre todo por la fabricación de ladrillos (1997, 14).

## BIBLIOGRAFÍA

- BELLO** Piñeiro, F. (1972). *Cerámica de Sargadelos*. Ed. do Castro. Sada. A Coruña.
- CARMONA** Badía, J. (1994). *A etapa de Luis de la Riva e o apoxeo da produción civil de Sargadelos*. Ed. O Castro. Sada. A Coruña.
- CASTRO** Arines, J. (1974). *Cerámica, fuego, magia*. Ed. Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos. O Castro. Sada, A Coruña.
- FERNÁNDEZ** España, M<sup>a</sup>.V. (1978). *Real Fábrica de Sargadelos*. Ed. La Voz de Galicia. La Coruña.
- FERNÁNDEZ** Fraga, J. D. (1992). *Lugo, siglo XVIII, Educación e Ilustración*. Ed. Diputación Provincial de Lugo. Lugo.
- FILGUEIRA** Valverde, J. (1997). *Sargadelos. Cuadernos do Seminario Cerámico de Sargadelos*. Ed. do Castro. Sada. A Coruña.
- FRANCO** García, J. (1994). *Sargadelos y el pote gallego*. Ed. O Castro. Sada, A Coruña.
- GARCÍA** Oro, J. y Portela Silva, M<sup>a</sup> J. (2003) *Baiona de Miñor en sus documentos. Actas municipales correspondientes al siglo XVI*. Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Pontevedra. Pontevedra.
- GÓMEZ** de la Serna, G. (1967). *Viaje a Sargadelos*. Ed. do Castro. Sada, A Coruña.
- GÓMEZ** de la Serna, G. (1974). *Los viajeros de la Ilustración*. Alianza Editorial. Madrid.
- GONZÁLEZ** López, E. (1977). *Bajo las luces de la Ilustración*. Ed. do Castro. Sada. A Coruña.
- MADOZ**, P. (1849). *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*. Tomo VIII. Madrid.
- PENA** Moreda, T. (1997) *Cerámica de Sargadelos. 1901-1908*. Ed. O Castro. Sada, A Coruña.
- SÁNCHEZ** Beltrán, M<sup>a</sup>.J. (1987). *La Porcelana del Buen Retiro de Madrid en el Museo Arqueológico Nacional*. Tomo I. Departamento de Arte Medieval y Arte Árabe. Facultad Complutense de Madrid.
- SÁNCHEZ** Cantón, F.J. (1945). *La Loza de Sargadelos: apuntes históricoartísticos*. Publicaciones de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid. Madrid.
- TOBÍO** Fernández, Luis. (1974). *Gondomar y su triunfo sobre Raleigh*. Santiago: Bibliófilos Gallegos.
- WALLACE**, Willard M. (1959). Sir Walter Raleigh. Princeton, New Jersey: Princeton U.P.